

HISTORIA Y GEOGRAFIA DEL EUSKERA

EL EUSKERA ENTRE LAS LENGUAS CIRCUNDANTES Y LAS CAUCASICAS

Tradicionalmente, las lenguas del mundo (las conocidas en la Historia y las actualmente vivas) han sido agrupadas en familias, cada una de las cuales reúne aquellas que se consideran provenientes de un mismo tronco original; en tal caso se les atribuye una relación de parentesco entre sí. Cada familia supone un antepasado común: el **indoeuropeo**, el **hamito-semítico**, el **uralo-altaico**, el **negro-africano**, el **chino**, el **protoéuskaro**, etcétera.

El espacio geográfico europeo está cubierto, prácticamente en su totalidad, por lenguas indoeuropeas que han ido fragmentándose en dialectos a lo largo de los siglos, hasta desembocar en las actuales lenguas de Europa. No obstante, podemos señalar algunos pequeños **enclaves uralo-altaicos** que contrastan con esa uniformidad indoeuropea del Continente: el húngaro, el finés, el lapón o el turco son lenguas uralo-altaicas.

La presencia uralo-altaica en la Europa occidental es sumamente reciente (la del húngaro remonta tan sólo al siglo IX d. C.); digamos que es contemporáneo de la aparición de los romances o lenguas románicas. En cuanto a las lenguas indoeuropeas, sabemos que tampoco ellas son las originarias de Europa: su presencia en el Occidente data del II-I milenio a. C., y responde a sucesivas invasiones que llegaron desde las estepas rusas o las aguas mediterráneas.

En etapas sucesivas, dichas invasiones fueron borrando los vestigios de las lenguas autóctonas, y hoy apenas sabemos nada de las lenguas que se hablaron en la Península Ibérica antes de la latinización implantada por Roma.

En este contexto histórico, el **euskera** es la única lengua que no es ni indoeuropea, ni uralo-altaica. Por todo ello, Luis Pericot, catedrático de la Universidad de Barcelona, ha podido escribir: «¿Quién sabe qué es la lengua vasca? Nada puede en los países europeos devolver a un hombre del siglo XX la sensación de transponerse a cinco o diez mil años antes (**es decir, 5/7.000 años antes de la aparición de indoeuropeos**). A nosotros nos basta para ello con escuchar a unos campesinos vascos, en alguna de sus fiestas populares, improvisando en su vieja lengua y cerrar los ojos. ¡Estamos oyendo a unos pastores neolíticos o acaso a quienes pintaron Altamira!»

En el diagrama adjunto, el lector puede comprobar varios datos de interés. De las varias familias de lenguas hemos querido yuxtaponer los grupos **germánico** e **italo-céltico** (ambos de la familia indoeuropea) y la familia **caucásica**. Los dos primeros interesan al euskera por la afinidad geográfica, y la segunda por razón de las posibles afinidades de parentesco que se han querido ver.

Las lenguas germánicas e italo-celtas

Al comparar el esquema cronológico de estos idiomas, podemos contraponer algunos rasgos de sus historias respectivas: la expansión geográfica alcanzada por ellos es enormemente amplia; su evolución en el tiempo es muy compleja y claramente divergente, vinculándose la pervivencia de muchas de esas lenguas al destino político de los pueblos que las hablaban (unas mueren, como el gótico, el borgoñón o el galo; otras quedan confinadas, como el gaélico de Escocia o el galés). El éxito socio-político de algunas está estrechamente ligado con hechos culturales y religiosos (el del alto alemán frente al bajo alemán, por ejemplo). La historia de los idiomas del área escandinava es sumamente ilustrativa de las situaciones finales en que las lenguas se ven sumidas por imperativos políticos y religiosos.

En la historia italo-celta podemos observar que ésta ha sido adversa a la rama céltica, y en la actualidad las lenguas que perduran de la misma luchan en condiciones difíciles para lograr su supervivencia. Por el contrario,

la latinización impuesta por el Imperio Romano y la Iglesia Católica ha hecho triunfar a lenguas (romances) de la rama itálica.

El euskera y sus dialectos

El caso del euskera, frente al germánico o el italo-celta, es realmente muy distinto. En parte quizá porque desconocemos la historia interna del vascuence en su prehistoria literaria (al menos, en gran medida), o también porque se ha resistido—con una tenacidad increíble—a la asimilación que lo desintegrara, el euskera tiene una evolución menos «sinuosa», más lineal, siempre más de acuerdo con su propia tradición interna.

Al contrario que en los dialectos o subdialectos del germánico o del italo-celta, el euskera veía garantizada su propia identidad por su indudable originalidad lingüística y por su condición de no-indoeuropea, en un medio geográfico que sí lo era.

Todo esto, sin embargo, no niega la obligada evolución del vascuence a través de los siglos: no es seguro (y más bien es seguro lo contrario) que el euskera de hoy fuera comprendido por el euskaldun del primer siglo de nuestra era. Ha habido una lógica y normal penetración de aportaciones extrañas al vascuence, y los contactos lingüístico-culturales han impreso su impronta en lo que es hoy la lengua éuskara.

La fragmentación dialectal del vascuence no ha originado la aparición de verdaderas lenguas (tal como sí ha sucedido con el germánico o el celta). Pero los actuales dialectos hablados del euskera tienen una caracterización dialectal fuertemente divergente, aunque nadie ha dudado de la real comunidad y unidad lingüística de todo el idioma vasco.

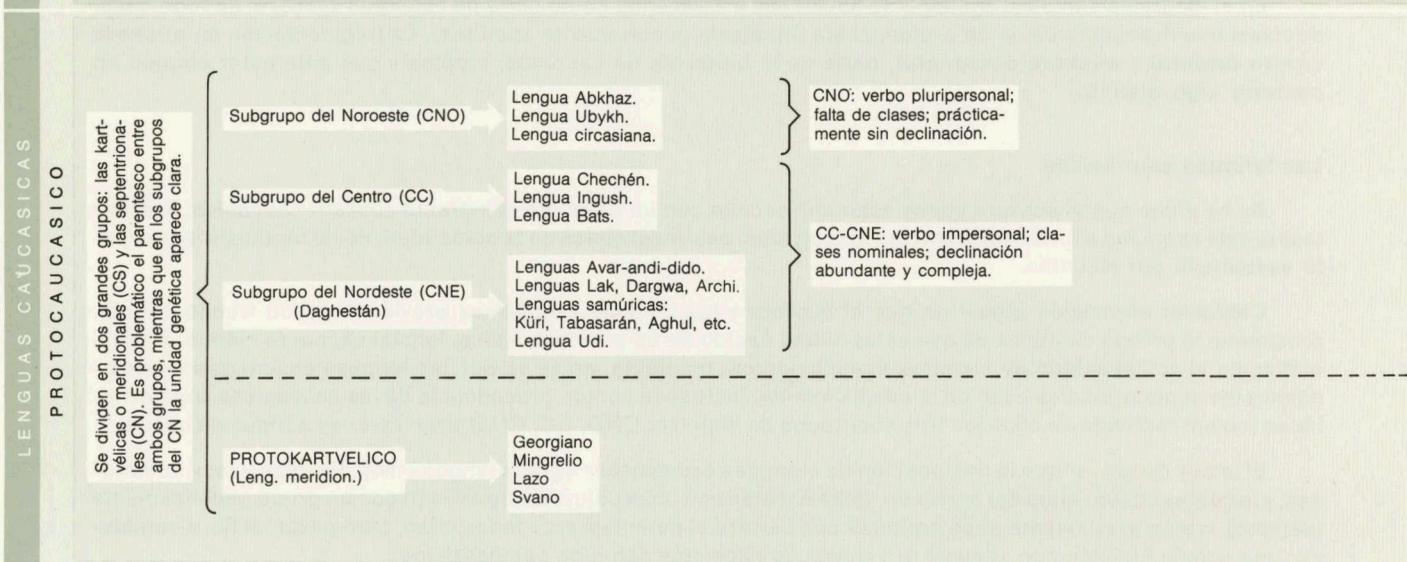
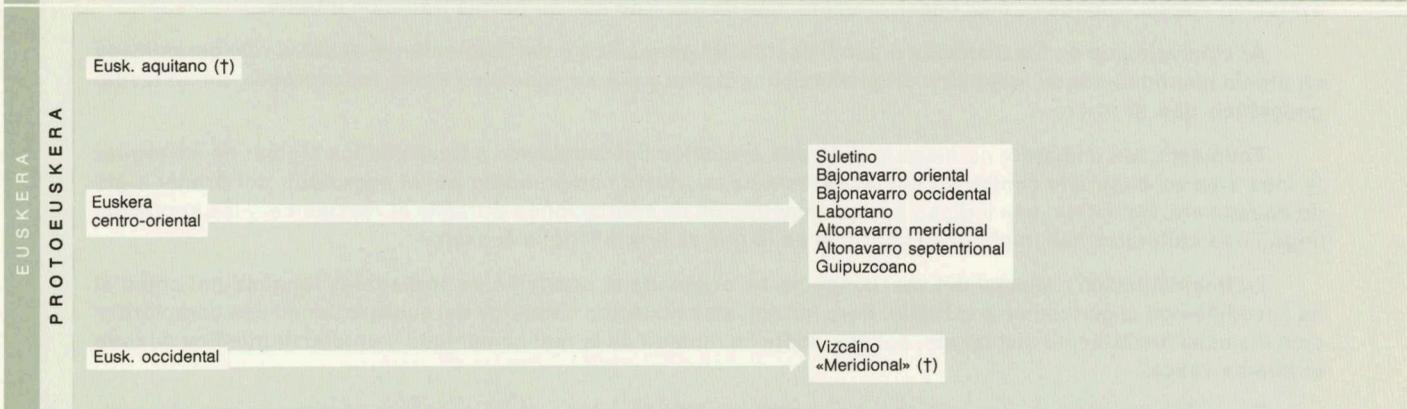
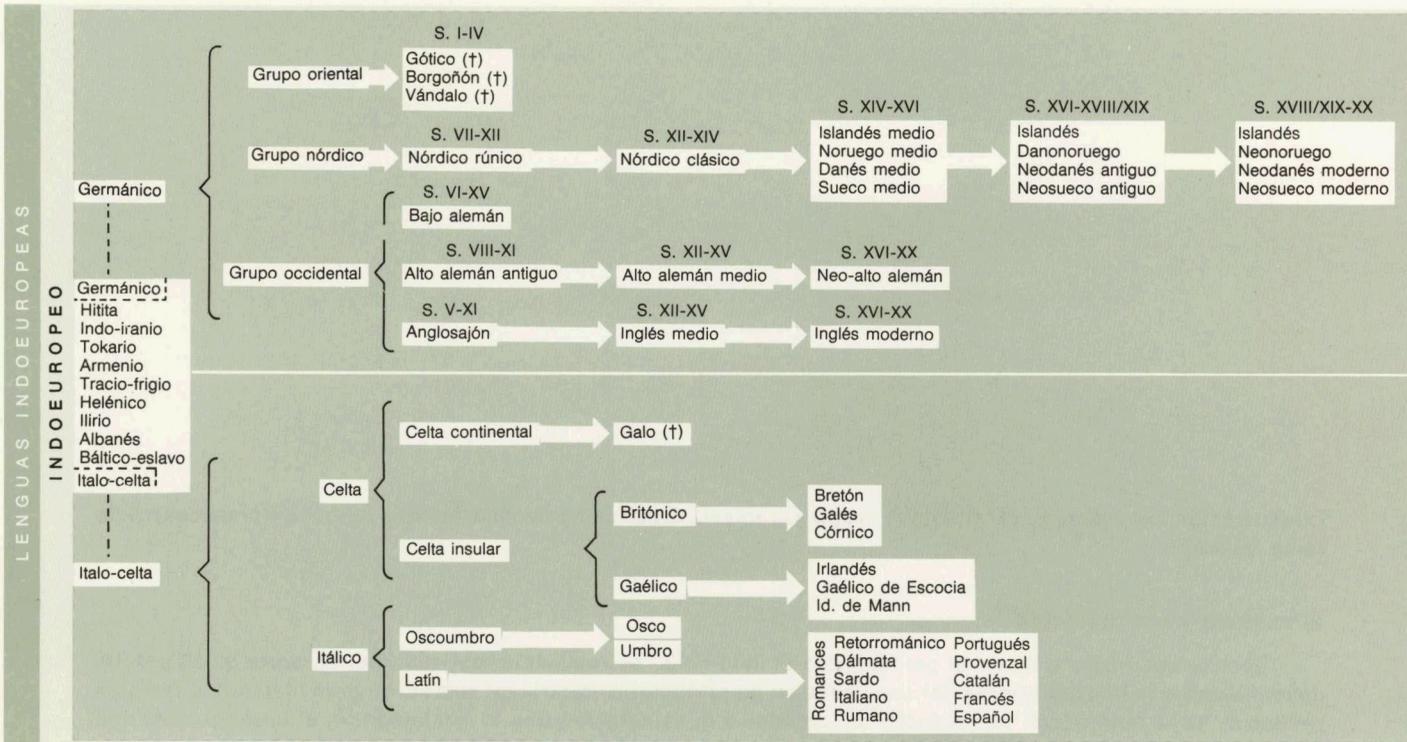
En el diagrama damos el aquitano de hace 1.500 ó 2.000 años como parte de la lengua vasca, o, en todo caso, directamente descendiente de un protoeuskera (hipótesis generalmente admitida). La fragmentación en **euskera centro-oriental** y **euskera occidental**, parte de la hipótesis de Lacombe, hipótesis que este autor empleó en contexto algo distinto.

Las lenguas caucásicas

Se ha dicho que el euskera puede estar entroncado con un primitivo substracto éuskaro-caucásico. Presentamos este esquema a fin de constatar las dificultades, casi insalvables en la actualidad, de tal hipótesis largamente sustentada por R. Lafon.

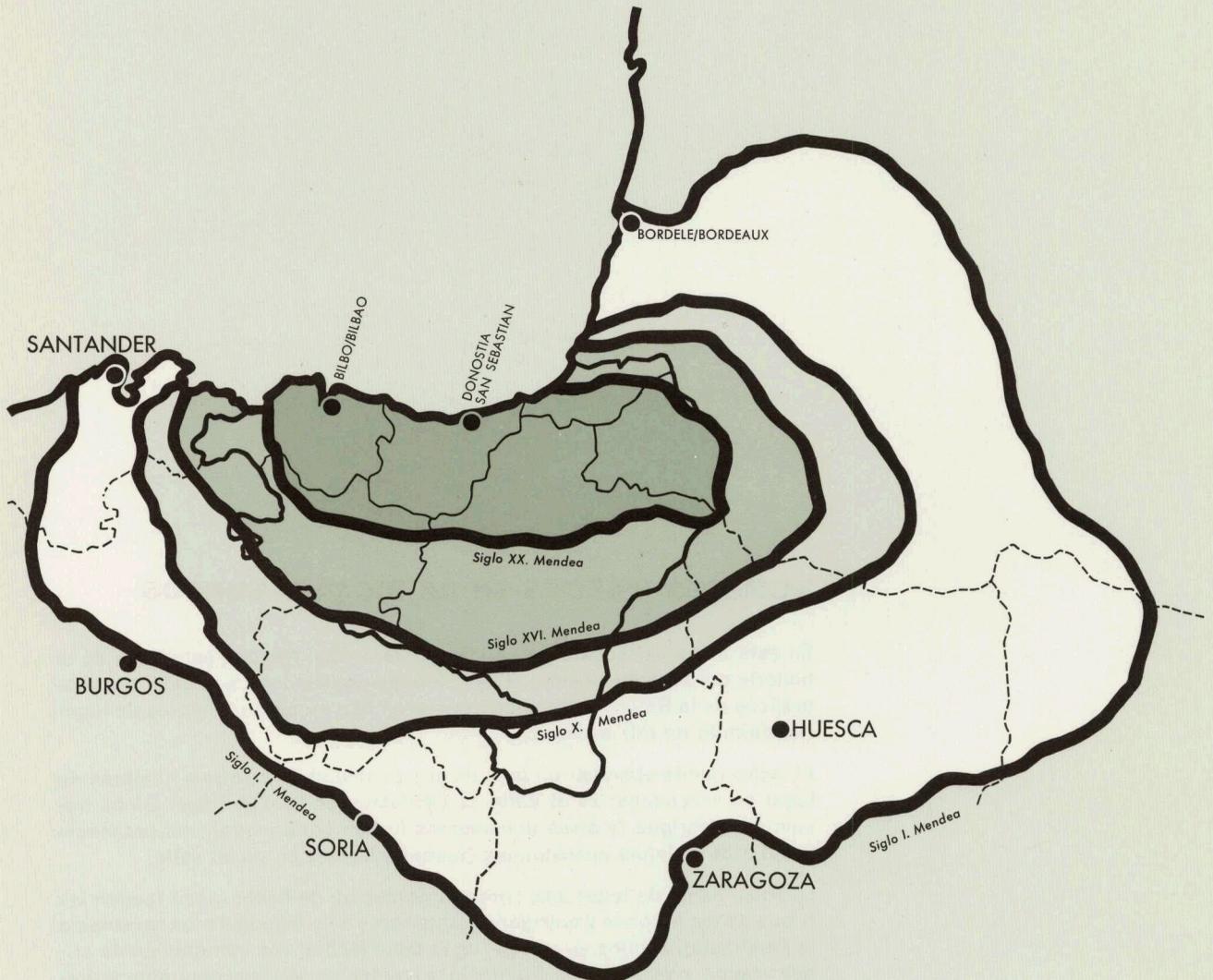
Cualquier afirmación global de que el euskera y las lenguas caucásicas provienen de un tronco común, presupone la prueba científica de que estas sí han nacido de un protocaucásico, lo cual es, por lo menos, problemático en el actual estado de nuestros conocimientos; en efecto, no se ve que las lenguas caucásicas meridionales y las septentrionales sean de la misma familia. Incluso la común procedencia de las caucásicas septentrionales (comprendiendo en ellas los tres subgrupos de idiomas: CNO, CC, CNE) tiene razones sólidas en contra.

El lector puede ver que la designación de «lenguas caucásicas» agrupa lenguas muy diversas y muy numerosas, y la comparación—para ser correcta—debe hacerse con una cualquiera de ellas (o con un grupo genéticamente idéntico), o bien previamente debe probarse con certeza el parentesco de todas ellas, para pasar, al fin, a establecer una común filiación con el euskera a través de pacientes estudios comparativos.



LAS TIERRAS PRIMITIVAS DEL EUSKERA

MAPA APROXIMATIVO



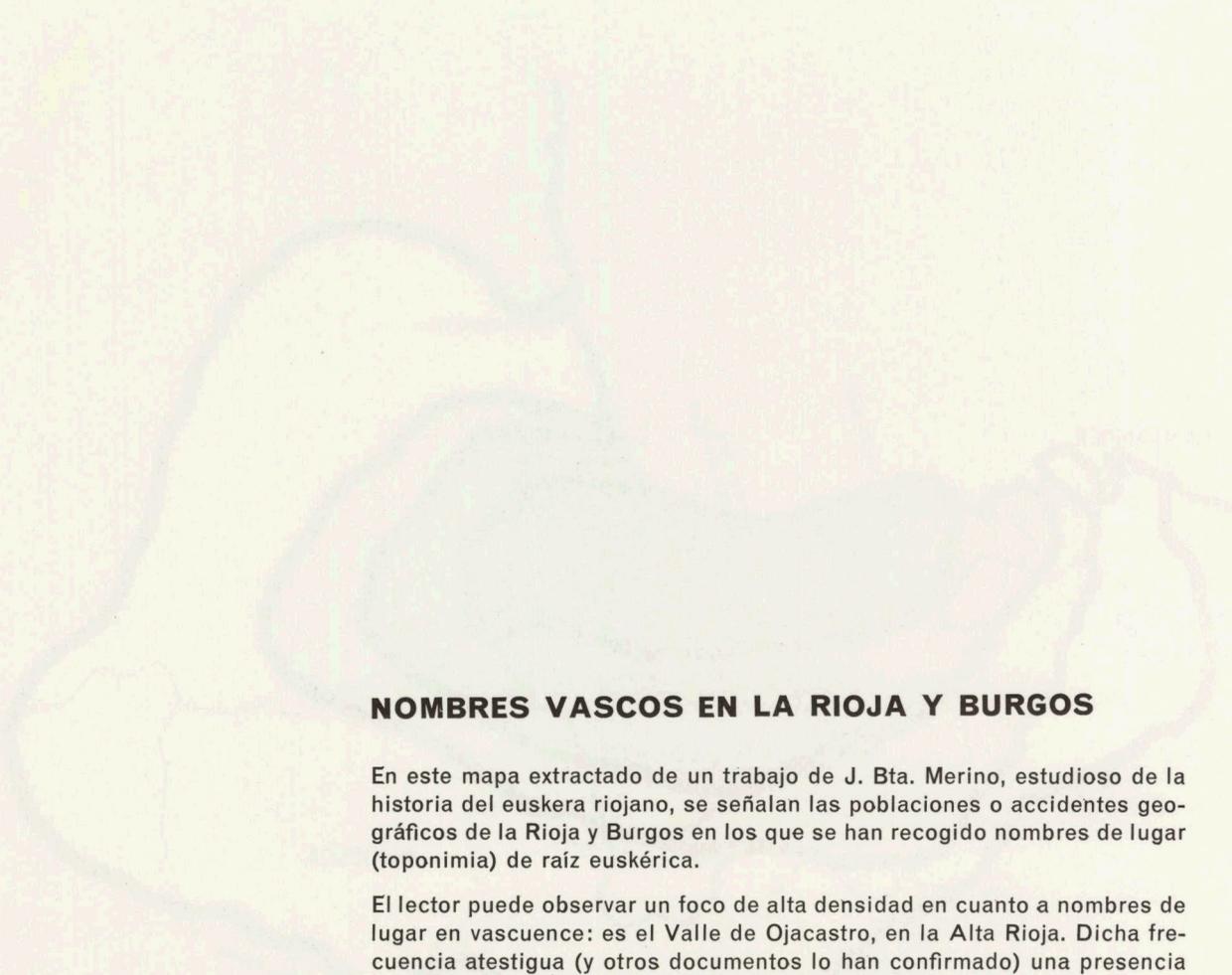
ITURRIA: X. KINTANA

Al hablar de los *primitivos* territorios del euskera, se alude aquí al momento en que Roma entra en contacto con los pueblos euskaldunes (a partir del siglo II a. C.).

En el mapa podemos señalar: 1) la zona continental norpirenaica, 2) el eje pirenaico del Atlántico al Mediterráneo (con sus estribaciones hasta el Ebro zaragozano), 3) la vertiente Sur de la Cordillera Cantábrica, hasta tierras de Burgos y Soria, y 4) la zona occidental, desde las Encartaciones a la Montaña santanderina y Asturias.

El lector puede ver en el artículo adjunto los actuales conocimientos al respecto.

Véase «Las primitivas tierras del euskera», pág. 95



NOMBRES VASCOS EN LA RIOJA Y BURGOS

En este mapa extractado de un trabajo de J. Bta. Merino, estudioso de la historia del euskera riojano, se señalan las poblaciones o accidentes geográficos de la Rioja y Burgos en los que se han recogido nombres de lugar (toponimia) de raíz euskérica.

El lector puede observar un foco de alta densidad en cuanto a nombres de lugar en vascuence: es el Valle de Ojacastro, en la Alta Rioja. Dicha frecuencia atestigua (y otros documentos lo han confirmado) una presencia secular de riojanos euskaldunes (vascoparlantes) en dicho valle.

La Rioja debió de tener una primitiva población de habla vasca (serían las tribus de los berones y autrigones, anteriores a la llegada de los romanos a la Península). A ellos se agregó, en la Edad Media, una inmigración de origen vascón y várdulo que fortaleció la resistencia del euskera frente al árabe, primero, y al castellano, después.

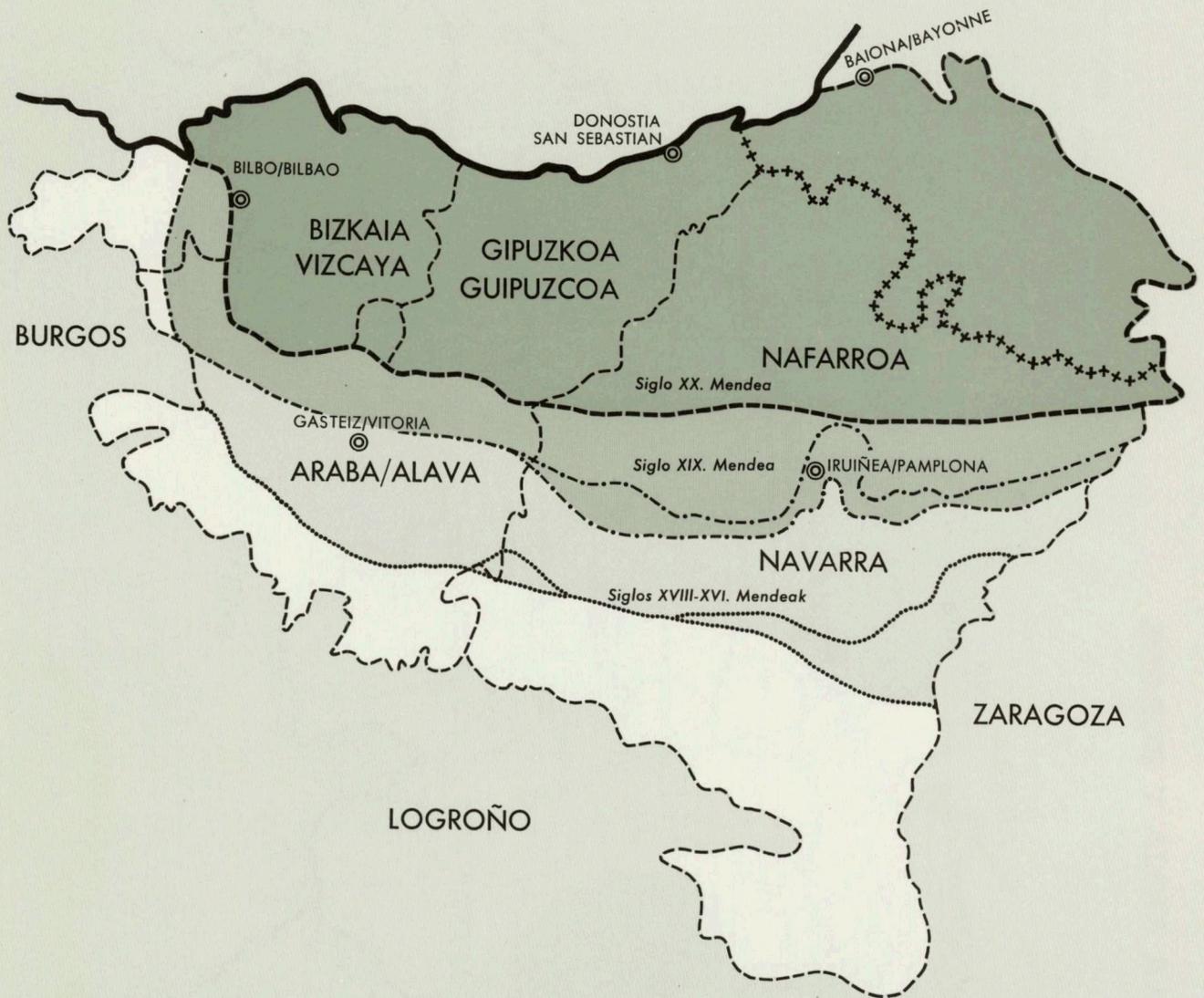
A medida que bajamos de la zona montañosa al llano y descendemos por las riberas del Ebro, la toponimia vasca se enrarece, aunque todavía en Alfaro se puede rastrear algún vestigio.

La Sierra de la Demanda y los Montes de Oca, que deslindan las actuales provincias de Burgos y Logroño, no impidieron la penetración del euskera hacia la Meseta. El mapa nos atestigua también la presencia del vascuence en tierras burgalesas, hasta Rubena e Ibeas de Juarros.

Sin entrar en la toponimia menor, esta mayor nos ofrece nombres como Santurdejo, Altuzarra, Ezcaray, Ollauri, Isasa, Ayabarrena, etc.

Véase «La Rioja euskaldun». pág. 97

EL EUSKERA EN LA EDAD MODERNA

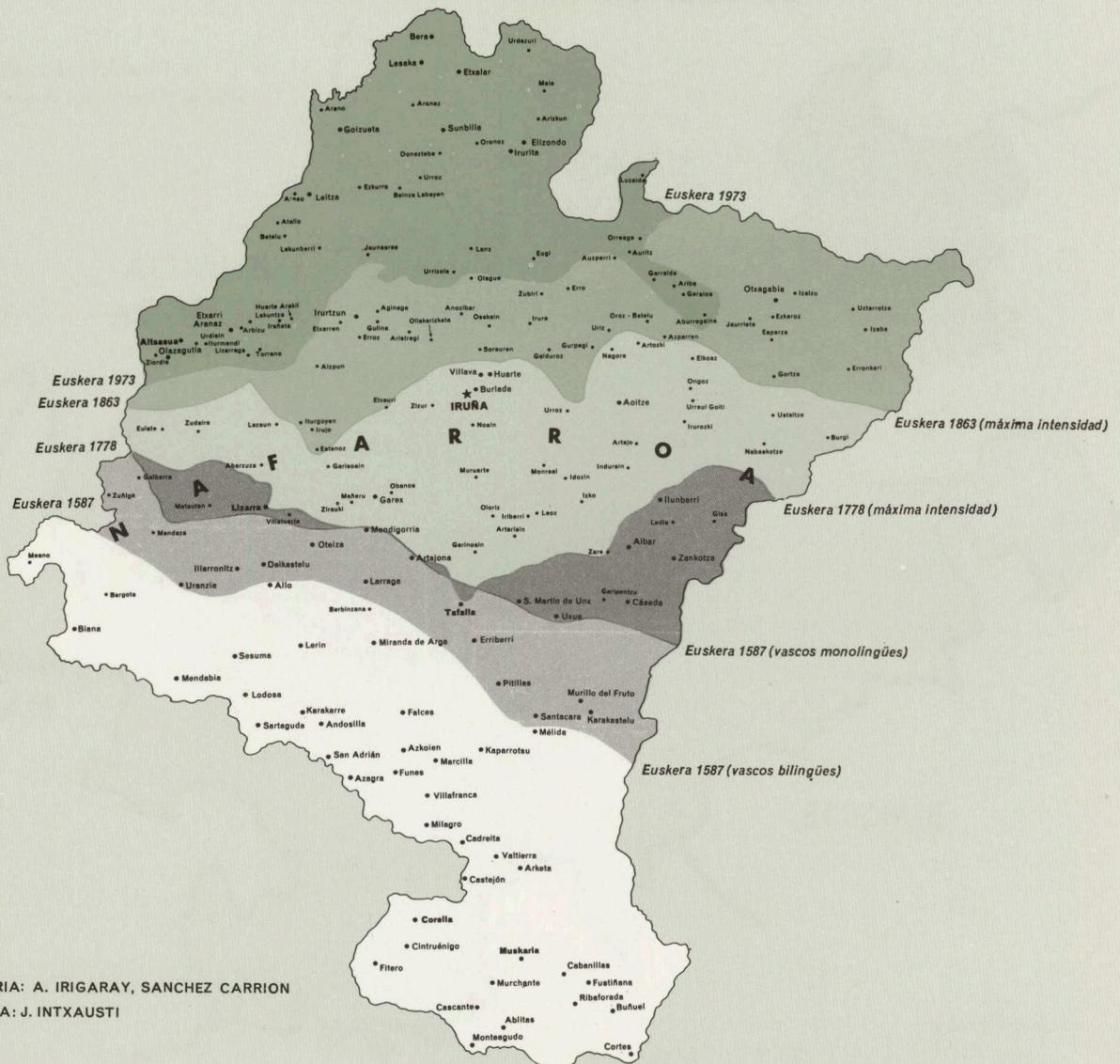


ITURRIA: J. CARO BAROJA

El lector puede constatar un progresivo retroceso del euskera en la Edad Moderna (al contrario de lo que sucedió en la Edad Media, durante la cual avanzó, al menos, hacia el Sur). Este cambio de sentido se ha debido a múltiples factores adversos: la competencia de los romances (del castellano, en particular), la acogida favorable y excluyente del mismo en las instituciones públicas (administración, escuela, medios de comunicación, etc.), la falta de una conciencia colectiva en pro de la lengua materna, el desarrollo industrial que ha atraído cientos de miles de inmigrantes (sin proporcionarles los adecuados medios para integrarse lingüísticamente en la historia y cultura del país que los acogía), etc.

En la Edad Contemporánea el ritmo histórico del retroceso se acelera peligrosamente. Aproximadamente entre 1820 y 1950 se pierde, en 130 años, tanto como en tres siglos de la Edad Moderna (siglos XVI-XVIII). La conciencia de que se extingue una identidad colectiva, tan claramente expresada por el idioma, tiene su apoyo en esta muerte, comprobada en cada pueblo día a día. Ello evidencia la urgencia de una nueva política lingüística.

EL EUSKERA EN NAFARROA/NAVARRA



ITURRIA: A. IRIGARAY, SANCHEZ CARRION
EGILEA: J. INTXAUSTI

Gracias a las investigaciones de varios estudiosos del tema, tenemos conocimientos relativamente completos de la historia del euskera en Nafarroa, detectándose su presencia en tierras en las que ya no se escucha la «lingua navarrorum», tal como designaba al vascuence el rey Sancho el Sabio.

El vascuence entró en contacto con el latín muy tempranamente, y lo hizo en las tierras de la Ribera navarra. La romanización, que imponía el latín, debió de afectar muy seriamente a la vida del euskera en Nafarroa; pero la ruralización que siguió a la caída del Imperio benefició al vascuence, que de nuevo pudo avanzar hacia sus fronteras originales, camino de Zaragoza.

La siempre precaria dominación visigótica no debió de cuestionar esta recuperación del primitivo territorio. Pero, a medida que nos adelantamos en la Edad Media, aparecen dos nuevos concurrentes: el árabe de los Banu Kasi tudelanos (que invalidará la Reconquista) y el romance navarro-aragonés, nacido en la frontera de ambos reinos y que precisamente puede asumir el futuro de la Reconquista. Al nacer las nuevas instituciones del Reino, el vascuence queda marginado; los poderes públicos prefirieron el romance al euskera del pueblo navarro.

La historia moderna y contemporánea nos es más conocida. El lector puede observar las sucesivas retiradas del idioma. Una vez que el viejo Reino cayó en la órbita del poder castellano (1512), primero sucumbió el navarro-aragonés, demasiado afín al castellano para defender su identidad en el peligro, y comenzó el cerco del euskera. Durante la Edad Moderna (tenemos datos documentados en tres siglos sucesivos: 1587, 1693, 1778), el euskera mantiene un frente firme a la altura de Estella y Tafalla. Ya en la Edad Contemporánea, las guerras civiles, la dejación oficial, el trasiego de gentes y una compleja maraña de causas empujan la retirada. Sólo una nueva conciencia y la práctica de una nueva política lingüística podrá salvar lo aún vivo y recuperar lo perdido. Navarra misma tiene la palabra para resucitar el euskera, su lengua, la «lingua navarrorum».

LUCHA DE LENGUAS EN LA PENINSULA IBERICA

En el diagrama visualizamos dos temas de notable interés lingüístico y literario: en primer lugar, lo que Torvar ha designado como la «lucha de lenguas en la Península Ibérica», y el tema de los dialectos hablados y la lengua literaria común.

La actual fisonomía lingüística de la Península no es, en modo alguno, un hecho fortuito, ni siquiera el resultado de una evolución meramente interna de las lenguas. Más bien, en el proceso de expansión o retroceso de las lenguas peninsulares han concurrido factores humano-sociales, entre los que hay que subrayar los políticos. El diverso trato legal (claramente discriminatorio: privilegiado, en el caso del castellano; de marginación, para el resto de los idiomas), y en general, la política lingüística seguida en el curso de los siglos han marcado y condicionado la historia.

El catalán y el galaico-portugués nos ofrecen dos historias muy ilustrativas de la interacción de política y lengua. El catalán logra alcanzar tempranamente un alto grado de perfección literaria y una unidad supradialectal en las grandes figuras de su Edad de Oro (siglos XIII-XV). Con ello se anticipa a cualquiera de las otras lenguas peninsulares, incluido el castellano. Este esplendor literario del idioma es fruto también de una sociedad que ha aceptado el catalán como su lengua institucional, oficial. Los llamados «Països Catalans» lo son también en el sentido lingüístico-legal. Al contrario, el paulatino deterioro de este **status** socio-político de la lengua origina una decadencia que tiene su máxima manifestación en los decretos de Felipe V, excluyendo al catalán del ámbito oficial. La fragmentación dialectal del idioma se agrava.

También el galaico-portugués consiguió una unidad literaria, y desarrolló una brillante literatura poética en la Edad Media. Hechos políticos paralelos (el alejamiento político-cultural de Galicia y Portugal, y la hegemonía de Castilla) desencadenaban dos procesos antagónicos: el gallego comienza un penoso oscurecimiento social y cultural; el portugués, sin embargo, inicia su amplio y decisivo despegue en el mundo oficial del Reino lusitano y en el Imperio colonial.

El castellano cabalgó a la grupa de la Reconquista por una ancha geografía. Una vez superadas las iniciales dudas medievales entre el latín y el romance, la Corona castellana (y su sociedad dominante) oficializan y consagran la lengua de Castilla. La Unión de Coronas de los Reyes Católicos inclina la Historia en favor de ésta, a la que se le ofrece una nueva oportunidad histórica en la colonización americana. El castellano se presenta como lengua «nacional», la lengua del Estado, que vive su Edad de Oro y crea la lengua literaria común.

El destino del euskera es el reverso de esa Historia: el **establishment** político no la acogió como lengua oficial, ni en el Reino navarro, ni bajo la Corona castellana. Social y políticamente marginado, sólo sobre la ola de la Reforma (protestante y católica) camina hacia la creación de su literatura escrita. Los logros de la Escuela de Sara y de los seguidores de Larramendi establecen unas primeras, e insuficientes, bases para una lengua literaria común. Sin embargo, nada de eso puede impedir el receso geográfico de la lengua y un desenvolvimiento literario temáticamente limitado.

En el siglo XIX (primero en Catalunya y después en Galicia y Euskadi), el Renacimiento de una nueva conciencia colectiva impulsará el resurgimiento literario de sus respectivas lenguas. Se explicita una reivindicación política del idioma autóctono, frente al trato de favor que el Estado concede al castellano y la marginación legal de las demás lenguas.

En el curso de este Renacimiento, y al socaire de sus realizaciones literarias, uno de los objetivos es la unidad del idioma escrito. Recordemos en Catalunya a Pompeu Fabra y en Euskadi los proyectos unificadores, multiplicados desde 1918, y el plan de unificación de 1968.

Se considera que la normalización social de la lengua (incluida su oficialización), pasa necesariamente por la previa normalización gramatical y escrita. Lo mismo en el catalán que en el castellano y el galaico-portugués, la normalidad socio-política del idioma (allí donde se haya dado y cuando quiera que haya sucedido) ha llevado consigo la vigencia de una lengua literaria común o una clara tendencia a la misma.

